

Jesús Carrasco

La tierra que pisamos



A comienzos del siglo XX España ha sido anexionada al mayor imperio que Europa ha conocido. Tras la pacificación, las élites militares eligen un pequeño pueblo de Extremadura como gratificación para los mandos a cargo de la ocupación. Eva Holman, esposa de uno de ellos, vive su idílico retiro en la paz de su conciencia hasta que recibe la visita inesperada de un hombre que empezará ocupando su propiedad y acabará por invadir su vida entera.

La tierra que pisamos habla del modo en que nos relacionamos con la tierra; con el lugar en el que nacemos pero también con el planeta que nos sostiene. Formas que van desde el atroz mercantilismo que ejerce el poder hasta la emoción de un hombre que cultiva a la sombra de una encina. Y entre esos dos extremos, la lucha de una mujer por encontrar el auténtico sentido de su vida y del que su propia educación la ha desviado.

Con la misma riqueza y precisión con que escribió *Intemperie*, Jesús Carrasco indaga en esta novela en la infinita capacidad de resiliencia del ser humano, el deslumbramiento de la empatía cuando el otro deja de ser un extraño a nuestros ojos y la naturaleza de un amor más grande que nosotros. Una lectura emocionante; un libro capaz de cambiarte.

A Raquel

1

Hoy me ha despertado un ruido en mitad de la noche. No un ronquido de losif, que, raro en él, a esa hora dormía a mi lado en silencio, medio hundido en la lana del colchón. He permanecido tumbada, con la mirada detenida en las vigas de haya que sustentan el techo, apretando fuertemente las sábanas en busca de una firmeza que el lino, tan sutil, me ha negado. Durante un buen rato me he quedado quieta, con los hombros contraídos y las manos cerradas. Quería volver a escuchar el ruido con nitidez para poder atribuírselo a alguno de nuestros animales y así, tranquila, regresar al sueño. Pero, más allá del aire agitando las ramas de la gran encina, no he percibido nada, y entonces, como por ensalmo, el viejo mito del intruso de ojos vaciados por la codicia se ha agarrado a mis tripas y ha empezado a devorarlas.

Es agosto, las hojas de guillotina están subidas hasta los topes y una brisa perfumada y cálida mece los visillos. Los hace danzar de un modo tan hermoso que, en esta época, durante mis desvelos, me siento contra el cabecero y me quedo embelesada viéndolos ondear cual delicados pendones. Aspiro las fragancias que el aire trae y que, por momentos, desplazan a los aromas estancados del cuarto. Llegan en oleadas, de la misma manera que el mar va depositando en la orilla los restos de un barco naufragado. En primavera el azahar de los naranjos florecidos lo ocupa todo,

especialmente cuando cae la tarde. Días antes de que eso suceda, el árbol siempre envía un mensajero. Jornadas todavía frescas en las que, repentinamente, un hilo fugaz avisa de que, en algún lugar de los contornos, la vida ha sido convocada a su renacimiento.

Con los puños llenos de tela y los ojos cerrados, he tratado de concentrarme en la oscuridad exterior. Y así, he imaginado que me asomaba al porche elevado sobre el fragante césped que rodea la casa y, desde allí, he dirigido mi atención hacia el frente, al lugar donde el predio se asoma al valle. A lo lejos titilan las farolas de gas del pueblo, encaramado como un galápago a las faldas del castillo. En mi mente desciendo los escalones de madera y camino unos pasos sobre la hierba húmeda hasta la verja que domina el huerto de la terraza inferior. No oigo nada allí, ni siquiera el áspero roce de las hojas ya secas del maíz.

Me giro hacia la casa para recorrer la parte trasera de la propiedad. En los tiestos sujetos a la balaustrada del porche crecen formas confusas. La campana de alarma cuelga del tejadillo sobre ellas y su cuerda casi las toca. A la izquierda del edificio se levanta la gran encina, un ser poderoso y rotundo, cuya copa invade parte del alero. Al otro lado, entre la vivienda y el camino, el pequeño establo con sus ventanucos enrejados y sus tejas alomadas. Dentro, ni siquiera se oye a la yegua rascar el suelo de pizarra con sus herraduras. Tampoco se oye a *Kaiser*, nuestro perro; era de suponer, porque es sin duda el animal más indolente que se pueda imaginar. «Debería poner una gallina a vigilar la finca —me dijo una vez el cartero—. Hasta ésa con el cuello desplumado asusta más». Y yo quizá sonreí por la ocurrencia y seguro que le di la razón para que se marchara pronto.

Al parecer hay un lince, o un lobo, que lleva varias semanas merodeando por los alrededores del pueblo y que ha matado, dicen, a varias ocas y a algún cordero. Me lo contó el doctor Sneint en el dispensario de la guarnición la

última vez que fui al castillo en busca de las medicinas de losif. Mientras colocaba los frascos en mi alforja, él se levantó y, después de repasar someramente los lomos de su biblioteca, extrajo un atlas de fauna ibérica y me lo mostró. Del grabado me llamaron la atención las patillas colgando a los lados de la boca y el aspecto puntiagudo de las orejas. «Pinceles —apuntó el médico cuando pasé el dedo por esa parte de la lámina—. También podría ser un lobo o un zorro —me dijo—. Tiene usted que buscar sus deposiciones, preferiblemente, junto al camino de su casa. Cuando las encuentre, ábralas y mire si hay mucho pelo en ellas». Tanto la idea de buscar los excrementos como la de abrirlos me resultó en aquel momento repugnante, pero luego, ya de vuelta a la casa, encontré las heces y no pude resistir la tentación de revolver en ellas con un palo. Hacerlo no me resultó desagradable. Olían a conejo y, por su aspecto, se diría que esos animales solo se alimentan de pelo.

Me he levantado y he prendido la lámpara que tengo sobre la mesilla. Asomando el cuerpo sobre el alféizar, he movido la luz a un lado y a otro en busca de signos del animal, pero enseguida me he dado cuenta de que la luna llena iluminaba más que mi farol y he terminado por apagarlo. En cualquier caso, no he apreciado nada extraño. Quizá mi luz lo haya espantado. Los animales seguían tranquilos y yo he dejado que el aire templado que asciende por el valle me acaricie la cara. La luna llena teñía de un extraño amarillo las nubes detenidas sobre la llanura distante. He cerrado las contraventanas y me he vuelto a meter en la cama. Mientras regresaba el sueño, de nuevo mirando al techo, he reparado en que no hay hayedos en esta parte del país.

2

Lo veo por primera vez con la mañana bien entrada, mientras arreglo los geranios. Los pliegues de su chaqueta se cuelan por entre las lamas blancas de la verja que da al huerto, justo enfrente de mí. Losif descansa en su mecedora a mi lado, aunque decir que descansa es, de algún modo, redundante, pues se pasa el día recostado: en la cama, en el sillón del salón y, durante el buen tiempo, aquí, en el porche. Lo levanto cada mañana, lo visto y lo siento donde corresponda según la época del año. Le agarro del codo y él, con pasitos cortos, se deja llevar de un lado para otro como un perrillo complaciente. La enfermedad lo ha reducido a una mínima expresión de lo que fue. Un hombre que ha tenido a su mando divisiones, que ha dispuesto de las vidas de otros hombres, que ha asediado ciudades y pasado a cuchillo a enemigos y sediciosos. Me pregunto si sus viejos adversarios, aquellos a los que sometió hasta convertirlos en súbditos de su majestad, conservarán la antigua furia con la que, sin duda, rindieron sus armas a este hombre a cuya sombra he vivido y cuya sombra es ahora todo lo que respiro. Su mente opera de manera discontinua y lo mismo pasa dos semanas callado, con la cabeza caída, incapaz siquiera de levantarse solo e incluso haciéndose sus necesidades encima, que comienza a regir de manera repentina. En esos episodios, de duración indefinida, se incorpora a la vida cotidiana tan plenamente que parece que

nunca la hubiera abandonado. A veces regresa y se comporta igual que un paciente caprichoso. Si estamos en la cocina y me está viendo cortar verduras, me exige que haga trozos grandes, y me explica, por enésima vez, que a él le gusta notar lo que está comiendo. «No quiero purés, mujer. Eso es para los niños y yo no soy un niño».

En ocasiones, su cordura se remonta al pasado y se dirige a mí como si yo fuera parte de un recuerdo; me llama «comandante Schultz» o «mi flor», con tono marcial o almiabarado, según el caso. Y lo extraño es que nunca en la vida, ni cuando estábamos prometidos, me llamó así, «mi flor». Se diría que entre las grietas de su cerebro reverdecen viejos anhelos o el recuerdo de otra mujer a la que, sin duda, deseó durante sus largas ausencias; en la época en que las campañas se sucedían y parecía que el Imperio acabaría ocupando el globo entero.

Por suerte, el que hace años que no me visita es aquel hombre que hacía temblar los cimientos de mi mundo. El modo en que se enfurecía cuando el pequeño Thomas no declinaba correctamente, o cuando volvía manchado del jardín. Lo agarraba de la oreja, tiraba hacia arriba y casi levantaba al muchacho. Lo zarandeaba y no fueron pocas las veces en que recibió bofetones y golpes en los dedos con la regla de madera. Yo le suplicaba que lo dejara, que era solo un niño, y entonces él se volvía y me hundía con la turbidez de su mirada; la de quien ha bebido hasta hartarse la sangre bullente de los hombres. Una mirada cuyo recuerdo todavía me estremece y de la que aún quedan rastros en el fondo de sus ojos.

«El maldito taladro», me digo al ver los tallos agujereados. Son imposibles de exterminar y todos los años tengo que arrancar muchas de mis plantas y quemarlas tras la casa, ya que es la única manera de que la plaga no afecte a los ejemplares sanos. Las tomo por el tallo y las vuelco para sacarlas de los tiestos. La tierra oscura cae al suelo, siempre

fresca y bien ligada, formando grumos esponjosos que yo me llevo a la nariz para embriagarme con sus aromas.

Levanto la cabeza en busca del amplio horizonte de la Tierra de Barros y ahí está su chaqueta oscura, colándose entre las tablas blancas, penetrando sucia en nuestra propiedad. *Kaiser* se ha acercado y lo olisquea curioso por este lado de la verja.

Sin apartar la vista del hombre, me incorporo, retrocedo lentamente hasta la puerta abierta y cojo la escopeta que tenemos colgada en el recibidor. He de ponerme de puntillas para alcanzar la bandolera con los cartuchos. Si la amenaza hubiera sido violenta, si en lugar de ese pordiosero hubiera sido un ladrón intentando entrar en la casa, yo no habría tenido tiempo de repelerle. Pero no puedo permitirme que *losif* tenga al alcance de su mano la escopeta cargada. No otra vez.

Los dedos me tiemblan mientras introduzco el cartucho en el tubo. Cierro el arma, desciendo los escalones y camino en su dirección. A cierta distancia me detengo, aprieto con fuerza la culata contra mi hombro y no espero otra cosa que encontrarme a un borracho desorientado frente al cual, deseo, una escoba debería ser suficiente.

«No puede estar aquí —le digo—. Ésta es una propiedad particular». No responde ni se mueve. No gira la cabeza para mirarme. Desde este lado de las tablas solo puedo verle la coronilla revuelta y sucia. Aguardo. *Kaiser* mete el hocico por entre las maderas y lo achucha como una versión amable de mis punteras, cada vez más impacientes. Me acerco un poco, le doy un par de toques con la culata y me retiro. Sigue sin moverse y por un instante imagino que está muerto. Me desplazo en lateral hacia la portezuela por la que se baja al huerto. Quiero poder asomarme al otro lado sin perder la distancia. Es un hombre delgado vestido con la chaqueta oscura que ya había visto y un pantalón negro. Está recostado contra las tablas, las piernas rectas, la cabeza vencida y las manos sobre los muslos con las pal-

mas hacia arriba. Hay una maleta a su lado y, sobre ella, un sombrero marrón. No parece un mendigo ni un borracho y, si no fuera porque se ha manchado de polvo al sentarse en el suelo, podría entrar así vestido casi en cualquier lugar.

«Tiene que marcharse», insisto con el arma en los brazos y entonces sí, gira la cabeza en mi dirección, pero no la levanta. Tiene la mandíbula untada de ralo pelo blanco. Su camisa amarillea por el cuello, la chaqueta le queda grande.

«No le voy a dar dinero». *Kaiser* ya se ha tumbado tras él, apretado contra los riñones del hombre, tan inútil como un cuarto de pólvora mojada.

No hay respuesta.

3

A pesar del calor comemos en el porche, algo que nunca hacemos. La escopeta apoyada en la balaustrada, siempre a mano, y un buen puñado de cartuchos en la faltriquera. En esta época del año, por lo general, almorzamos en la cocina, en la parte de atrás de la casa. Allí las ventanas están permanentemente sombreadas por las ramas de la encina.

Lo siento en la cabecera de la mesa y le sirvo la comida. Siempre frugal, muy nuestra, con escasas influencias de la gastronomía local aunque a veces, cuando el jardinero me ofrece caza, guiso uno de sus pocos platos que he aprendido a preparar: arroz con almendras. El favorito de losif siempre fue el que llevaba codorniz, pero, desde que cayó enfermo, no es capaz de apurar la carne entre los huesecillos y yo, a estas alturas, no estoy dispuesta a desmenuzarle el alimento.

Cuando terminamos de comer, losif se queda dormido, envuelto por el respaldo curvo de la mecedora. De su boca manan hilos de baba que, al igual que tantas otras cosas, ya no me apresuro a limpiar. Sin dejar de mirar al hombre, desciendo los escalones y vierto los restos de comida en la lata del perro, que, al verme llegar, se levanta, se estira y trota feliz hacia su alimento. El hombre no se ha movido en todo el día ni se ha quitado la chaqueta y yo lo imagino sudoroso, tan abrigado bajo el sol de agosto.

Detenida, con *Kaiser* revolviendo la lata a mis pies, haciendo estallar los huesos con sus muelas, me pregunto por qué no toco la campana. Por qué no aviso a la guarnición. En poco tiempo llegará un pelotón y se lo llevarán. Desaparecerán por el camino y no volveremos a verlo. En caso de que sirva en alguna de las casas del pueblo, se llamará a su patrón para que lo recoja en el cuerpo de guardia. Antes, será azotado por el verdugo militar y luego, ya en la casa, el amo decidirá cómo disponer del sirviente díscolo. Siempre ha sido así, al menos en esta colonia.

Si fuera necesario, también puedo matarlo yo. Al mínimo gesto suyo, en cuanto su cabeza asome sobre las puntas de las tablas, cogeré la escopeta y le volaré la cabeza. Entonces, alertados por la detonación, vendrán los soldados y me preguntarán por lo sucedido. Bastará con decirles que el hombre estaba intentando entrar en la propiedad o que me amenazó a mí o a losif y esto habrá terminado. Lo atarán a la grupa del caballo y se lo llevarán. Así de sencillo. Pero entonces yo tardaría días, puede que semanas, en conciliar el sueño. Son nuestros hombres los que deben vérselas con esta gente. Los que saben cuándo deben disparar y por qué. Nosotras, simplemente, los hemos seguido hasta aquí. A miles de kilómetros de la patria, a este rincón del exótico sur que hemos convertido en nuestro apacible y pintoresco lugar de retiro.

Paso la tarde entera sentada, a ratos cosiendo, a ratos, simplemente, mirando hacia la verja. La escopeta sigue en su lugar, recordándome que la quietud del hombre no le convierte en inofensivo. A mi lado, losif murmura una melodía. Una versión átona de una vieja polca muy de moda en nuestra juventud. En su interpretación demencial, ni el mismísimo autor la reconocería.

Puede seguir donde está, pero no eternamente. A menos que haya elegido ese lugar para morir, tendrá que levantarse en algún momento para beber, para comer, para hacer sus deposiciones. Si espero lo suficiente, veré cómo

se incorpora. Quizá después se marche o, por el contrario, empiece a correr en nuestra dirección con los dientes apretados y las venas hinchadas en las sienas. Entonces tiraré mi labor y agarraré la escopeta mientras me pongo de pie. Tendré el tiempo justo para llevarme el arma al hombro y apretar el gatillo con los ojos cerrados. Luego unos segundos de aturdimiento y oscuridad, hasta que las palpitaciones en mis oídos se calmen o tenga el valor de abrir los ojos y contemplar el final de la escena.

4

A última hora de la tarde le acerco una bandeja con un plato de estofado, pan y una frasca de agua. No le pongo cubiertos. Se la dejo a cierta distancia, en la escalera que baja al huerto donde mis hortalizas capturan la luz del sol rodeadas de olivos e higueras.

«Coma lo que quiera y márchese —le digo—. No se le ocurra pasar de la verja o le dispararé».

La carne humea sobre los escalones. El silencio es un lugar propicio para los enigmas y este hombre, con el suyo, me irrita y, de algún modo, me provoca. Reduce mis posibilidades, me desprecia. Quizá, simplemente, no entiende lo que le digo. Si fuera un ladrón, ya habría vaciado la casa y ni losif ni yo hubiéramos podido oponer resistencia. Tampoco *Kaiser*, tan dócil, tan ávido de manos humanas. Si hubiera venido a por comida la habría pedido. Desde donde está habría llamado mi atención, se habría llevado los dedos juntos a la boca y los habría agitado. Tanto si viene desde el pueblo como si ha caminado desde La Parra, es prácticamente imposible llegar hasta aquí sin toparse con una patrulla.

«No puede quedarse aquí. Está usted invadiendo nuestra tierra». Entonces el hombre gira su cuerpo y me mira por primera vez, pero sus ojos no superan la altura de mi ombligo. Doy un par de pasos atrás, me cruzo de brazos. Me protejo.

A esta hora y a la distancia a la que estoy de él, no distingo sus rasgos. Y aunque hubiera habido luz, me habría sido imposible interpretar una mirada tan baja. Aguanta en esa posición hasta que, quizá aburrido, regresa a la postura en la que ha permanecido el día entero. Por un momento pienso que se sumirá de nuevo en su postración pero, repentinamente, sus manos se apoyan en el polvo y comienza a incorporarse con lentitud. Retrocedo de nuevo. La escopeta descansa lejos, en la balaustrada, con el cañón apuntando a las primeras estrellas.

Pero no amenaza, ni amaga, ni me dirige un solo gesto hostil. Al contrario, parece querer mostrarse, sin más. Mediana altura, pelo moreno, encorvado, quién sabe si por la edad o por las horas contra la valla. Uno de los faldones de la camisa está fuera del pantalón. Mira en mi dirección pero no a mí. Tiene cicatrices por toda la cara. Se diría que un niño se la ha rayado con un objeto punzante. Ojos oscuros y ensimismados que se enganchan en las formas de la casa, a mi espalda, a medida que la recorren.

Se sacude el polvo del pantalón, se remete la camisa, se asienta la chaqueta, cierra los botones y se gira. Sorprendida, lo veo caminar junto a la verja blanca, pero no en dirección a la puerta que da al camino, sino a la escalera que baja al huerto. Pasa junto a la bandeja con la comida, se mete entre los bancales y desciende por el muro inferior hasta perderse entre los olivos, valle abajo. Me quedo quieta durante un buen rato, rodeada por el canto de los grillos y las cigarras, intentando dejar que la figura escuálida que ha pasado el día contra las tablas abandone mi mente, cosa que no sucede.